

## EL ANTICONFORMISMO ATEO EN LAS PALABRAS DE SARTRE

*Giovanna Armellin Secchi*

### RESUMEN

Jean-Paul Sartre (1905-1980), escritor y filósofo francés, es considerado el fundador del existencialismo ateo en Francia. Por medio de sus ideas, contradice a todos los conformistas defensores de los valores universales que mantienen las apariencias, incluyendo entre ellos a los cristianos. Hacemos una selección de historias de su autobiografía *Les mots* con el fin de analizar cómo la niñez determinó su pensamiento.

### ABSTRACT

Jean-Paul Sartre (1905-1980), French philosopher and writer, is considered the founder of atheist existentialism in France. Throughout his ideas, he contradicts all the conformists that defend universal values to keep up appearances, including among them all the Christian people. We made a selection of stories from his autobiographical work *Les mots* in order to analyse how childhood determines his later thought.

Jean-Paul Sartre, escritor-filósofo (1905-1980), famoso y aclamado por el gran público, más por las novelas y por las obras teatrales que por sus obras filosóficas, es considerado el fundador del existencialismo ateo francés. El existencialismo de Sartre refleja una época particular, el período de la postguerra, donde él encuentra terreno fértil y se convierte en una moda. La habilidad de Sartre para captar la inestabilidad social del momento y transferirla con igual habilidad en lenguaje literario, en sus obras narrativas o filosóficas, hace de él un escritor-filósofo de gran renombre.

Cuando el autor de *Las palabras* en 1964 no aceptó el Premio Nobel que le había sido asignado, sorprendió a la opinión pública. Pero este clamoroso gesto no es más que una lógica consecuencia coherente con sus principios y que subraya el desprecio de Sartre hacia una sociedad que se da el derecho de clasificar a los hombres, etiquetándolos con un juicio definitivo.

Sartre en sus obras va en contra de la hipocresía de una sociedad que está agonizando en el conformismo. Como escribe Pierre de Boisdeffre: "El sarcasmo de Sartre se dirige

contra todo lo convencional” (1969: 110). La mayoría de la gente prefiere construir su propia existencia sobre esquemas preconcebidos y quedarse ligada a valores que, reducidos a palabras vacías, ya no dicen nada. Sartre crea el personaje de Jacques en *Los caminos de la libertad* inspirado por un amigo que se apegó a los valores de la comedia social, después de una juventud en libertad, como resalta el crítico Pierre de Boisdeffre:

Un amigo de Sartre, después de una turbulenta juventud, enderezó su vida, se casó con una heredera y se dedicó a dirigir con prudencia el negocio familiar. Le escribió diciéndole -Hay que hacer como todos y no ser como nadie.- Sartre ha acumulado todo su resentimiento sobre este personaje, y de él ha extraído la figura de Jacques, en *Les Chemins de la liberté*, el hombre que se pliega a la comedia social, admite las situaciones adquiridas, el orden impuesto desde lo alto, una moral postiza, tal es el *salaud*. La sabiduría de los otros, su experiencia, como dicen los burgueses, presiente la muerte (1969:109-10).

Sus novelas son recolecciones de derrotas, de obscenidades, en fin de la náusea -para usar la palabra que coloca en la portada de una de sus obras más conocidas-. De hecho, de todos sus títulos brotan la tristeza y la desesperación: *La náusea*, *El muro*, *Las manos sucias*, *A puerta cerrada*, y manifiestan la soledad sin esperanza de quien ha creado alrededor suyo la nada. El hombre que, según Sartre, se construye sobre la nada, no puede ser definido, es un continuo hacerse, a través de libres escogencias, sin ninguna posibilidad de apegarse a valores objetivos y universales; esta es su condición, su angustia y su difícil existencia. La primera, y tal vez la más significativa obra narrativa de Sartre, *La náusea*, presenta en el protagonista, Antonio Roquentín, el hombre que, con angustia, toma conciencia de que nada en su vida tiene un motivo y una justificación, empezando por sí mismo, que está de más.

Aquí subyace lo trágico del hombre sartriano, un ser convencido de estar de más, innecesario, sin dirección y sin fin, en la imposibilidad de apegarse a otros valores que no sean los que él mismo crea, comprometido continuamente a crear y a crearse también a sí mismo, porque si no se empeña corre el peligro de no existir. La náusea, por lo tanto, representa un rechazo a la irracionalidad de la existencia.

El hombre inicialmente es una conciencia vacía, que existe sólo cuando advierte las cosas, o sea la realidad material que lo rodea. Él toma conciencia de la realidad, ya que es libre, es responsable y está continuamente en condición de escoger sin ninguna norma objetiva que lo oriente: así, con libres escogencias, él se crea a sí mismo.

El rechazo por todo, dentro del pensamiento pesimista de Sartre, responde sin duda a una exigencia social del momento, pero también a la influencia contradictoria ejercida por su familia durante la infancia.

Es interesante analizar en su autobiografía, *Las palabras*, algunas expresiones reveladoras para detectar la influencia que la primera educación tuvo en Sartre adulto. *Las palabras* es el testimonio más confiable que Sartre mismo nos da respecto de su infancia, es decir, de sus primeros diez o doce años. Escribe a propósito Francis Jeanson:

En las primeras páginas de *Les Mots*, Sartre nos hace recorrer su pasado familiar aproximadamente desde 1850 hasta su propio nacimiento. Describe así una por una hasta quince personas, de las cuales la primera es Jean-Baptiste. (...) No es posible dejar de sorprenderse por la insistencia que pone Sartre, desde el principio, en presentarnos la existencia familiar en su medio original, bajo las especies de la soledad (1975: 28).

De estos relatos se desprende que Jean-Paul Sartre nace como por casualidad. Su padre Jean-Baptiste Sartre, oficial de marina, sufría ya de fiebre de Conchinchina cuando conoce a Anne-Marie Schweitzer y se casan en 1904. De este matrimonio procrean un único hijo en 1905: Jean-Paul, quien antes de los dos años ya era huérfano de padre. La madre viuda va a vivir con sus padres y allí se cría el niño, con una madre niña y unos abuelos que le dan todo el cariño y toda su dedicación. Pero, en Jean-Paul, hijo único entre adultos, se advierte la presencia de un ambiente muy peculiar, como dice Francis Jeanson:

Por el lado de los Sartre, es cierto, la no comunicación está en relación con la decepción financiera de un médico de pueblo preocupado por mejorar su condición; por el lado de los Schweitzer, más bien resultaría de la altivez que empuja a los burgueses modestos a desdenar sus propias oportunidades por temor a engañarse a sí mismos o a zozobrar en la facilidad. Pero, por uno y por otro lado, es una situación social carente de base (...) la que inclina a esos hombres y mujeres, bien hacia una ambición febril y torpe, bien hacia una moral profundamente mistificada. De ahí resulta la radical falsedad de una vida que ninguno de ellos está ya en condiciones de compartir con ningún otro (1975: 28-9).

Sartre fue un hombre sin infancia, lo que ha generado en él un mundo sin amor, ya que no lo encontró en su infancia, como él mismo confiesa, y la recuerda con mucho malestar y gran descontento.

Sobre todo he borrado mis primeros años: cuando empecé este libro necesité mucho tiempo para descifrarlos bajo las tachaduras. Había amigos que se extrañaban, cuando yo tenía treinta años: -Se diría que no ha tenido usted padres. Ni infancia-. Y yo era tan tonto como para sentirme halagado (Sartre 1982:159).

Después de la muerte del padre fue criado por una madre niña, como él la llamaba, sabiendo que en ella y en sus ternuras nunca habría encontrado ningún tipo de apoyo. Se rehúsa a llamarla madre en la autobiografía; la llama simplemente Anne-Marie. De ella afirma:

¿A quién podría yo obedecer? Me muestran a una joven gigantesca y me dicen que es mi madre. Por mí, más bien la tomaría por una hermana mayor. Veo que esta virgen con residencia vigilada, sometida a todos, está ahí para servirme. La quiero. ¿Pero cómo la respetaría si nadie la respeta? (Sartre 1982:17).

Jean-Baptiste Sartre, por otro lado, con su muerte devuelve la libertad a la madre, y a Jean-Paul además de la libertad, le restituye por completo a su madre, como su exclusiva posesión. Escribe el autor de *Las palabras*: "La muerte de Jean-Baptiste fue el asunto más importante de mi vida: devolvió a mi madre a sus cadenas y me dio la libertad" (1982: 15). Del padre, el autor habla con terrible amargura:

Lo conocía de oídas, como a la Máscara de Hierro o al Caballero de Eón, y lo que sé de él nunca ha tenido relación conmigo: nadie recuerda si me quiso, si me tuvo en brazos, si volvió hacia su hijo sus ojos claros, hoy comidos. Son penas de amor perdidas. Ese padre ni siquiera es una sombra, ni siquiera una mirada. Durante algún tiempo, hemos pisado él y yo sobre la misma tierra; eso es todo (1982: 16-7).

En la casa, donde reina una armonía aparente, mandan los abuelos maternos, de especial modo el abuelo Charles Schweitzer, un padre terrible con sus hijos, pero un abuelo que apoya al nieto; de él Sartre escribe:

A mi abuelo le encanta fastidiar a sus hijos. Este padre terrible se pasó la vida aplastándolos; ellos entran de puntillas y le sorprenden de rodillas ante un crío: lo bastante para destrozarles el corazón. En la lucha de las generaciones, los viejos hacen muchas veces causa común con los niños (1982: 22-3).

Este abuelo, que delante de Jean-Paul abdica a su autoridad, ejerce una influencia contradictoria en él, que absorbe las tensiones familiares, y el escritor francés concluye con su característica fría lucidez:

Idolatrado por todos, negado por todos también, era un dejado-a-cuenta, y a los siete años sólo podía recurrir a mí mismo, que aún no existía, palacio de cristal vacío donde el siglo naciente contemplaba su aburrimiento (1982: 76).

A Jean-Paul niño le parece que su existencia no se justifica, todo está en manos de los adultos, él es un objeto para ellos, y así comenta la destrucción de su infancia:

Afeminado por la ternura materna, insípido por la ausencia del rudo Moisés que me había engendrado, infatuado por la adoración de mi abuelo yo era un puro objeto, destinado por excelencia al masoquismo si hubiese podido creer en la comedia familiar (1982: 78).

La infancia que nos propone Sartre en su autobiografía, puede ser alterada, es decir, vista después de años, la objetividad de la visión de su infancia es dudosa. El Jean-Paul descrito en *Las palabras*, aunque auténtico y verdadero, es escrito y perfeccionado por un adulto, comenta el crítico Francis Jeanson:

¿Por qué preguntábamos si el niño descrito en *Les Mots* era en efecto el auténtico Jean-Paul? Precisamente porque nos parecía un poco excesivamente verdadero: ¿no lo habría retocado más o menos el adulto? (1975: 36-37).

Tal vez él mismo buscaba en su infancia algunas justificaciones a su manera de ser como adulto. Por ejemplo, en la comedia familiar, en la cual Sartre no cree, pero en la cual posiblemente creía siendo niño, la muerte de alguien es vista sólo como una liberación:

No es de extrañar que la insulsa felicidad de mis primeros años haya tenido a veces un gusto fúnebre: debía mi libertad a una muerte oportuna, mi importancia a una muerte muy esperada. Pues, claro, es sabido que (...) todos los niños son espejos de muerte (Sartre 1982: 22).

Es probable que Sartre haya visto su infancia con la misma mirada del protagonista de *La náusea* que no tiene ninguna manifestación humana. Él recuerda de adulto, con amargura, aún en su clara indiferencia hacia el problema religioso, la acción demoledora que pesó en su infancia y culpa a la sociedad y a su familia de las cuales se siente víctima. A propósito escribe:

La buena sociedad creía en Dios para no hablar de Él. ¡Qué tolerante parecía la religión! ¡Qué cómoda era! El cristiano podía faltar a misa y casar a sus hijos por la iglesia (...) En nuestro medio, en mi familia, la fe no era más que un nombre de ostentación para la dulce libertad francesa (Sartre 1982: 69).

Sartre pone a todos los cristianos entre los conformistas por excelencia. Según él, creyente es la persona que se apega a los valores objetivos y a Dios, para evitar asumir lealmente

la soledad del hombre. Su acusación es lógica, si pensamos en el tipo de cristianismo en el cual él había sido criado, en una familia en donde el escepticismo, la ironía, el protestantismo y el pseudo-catolicismo reinaban, formando una híbrida religión para uso específico de la familia Schweitzer-Sartre. El abuelo, con su ironía corrosiva, arrancaba de raíz cada aspiración al bien y contagiaba las realidades más sacras: los santos, en sus discursos, se convertían en hombres mezquinos y despreciables que hacían reír. Sartre explica:

Esos cuentos me hicieron un favor: me inclinaba tanto más a elevarme por encima de los bienes de este mundo cuanto que no poseía ninguno, y habría encontrado sin esfuerzo mi vocación en mi comfortable desnudez; el misticismo conviene a las personas desplazadas, a los hijos supernumerarios; para precipitarme en él habría bastado con presentarme el asunto por la otra punta; yo corría el riesgo de ser una presa de la santidad. Mi abuelo me quitó las ganas para siempre; la vi por sus ojos, esa locura cruel me repugnó por la insipidez de sus éxtasis, me aterrorizó por su desprecio sádico del cuerpo (...). Al oír esos relatos, mi abuela hacía como que se indignaba, llamaba a su marido "descreído" y hereje, le pegaba en los dedos, pero la indulgencia de su sonrisa acababa de desengañarme: ella no creía en nada; sólo su escepticismo le impedía ser atea. Mi madre tenía el cuidado de no intervenir; tenía "su Dios particular" y casi sólo le pedía que la consolase en secreto (1982: 69-70).

No hacen falta los comentarios. Nos explicamos, sin embargo, una cosa: por qué Sartre, después de cincuenta años, ha hecho de Dios y del cristianismo una caricatura que rehúsa.

En el fondo, todo eso me aburría; me vi conducido a la incredulidad, no por el conflicto de los dogmas, sino por la indiferencia de mis abuelos. Sin embargo, creía; rezaba mis oraciones todos los días, en camión, de rodilla en la cama, con las manos juntas, pero pensaba a Dios cada vez menos (Sartre 1982: 70).

Algunas veces Sartre sintió a Dios en su vida, pero, empujado por el escepticismo, no pudo aceptarlo. Por eso llega hasta esta conclusión:

Yo necesitaba a Dios, me lo dieron, pero lo recibí sin comprender lo que buscaba. Al no poder enraizar en mi corazón, vegetó en mí durante algún tiempo y después se murió (Sartre 1982: 71).

Dos vacíos terribles pesan en la vida de Sartre: no conoció ni el amor de la familia, ni el amor de Dios, el uno y el otro los describió siempre como una trágica caricatura. Esta experiencia fue muy nociva para el adolescente emotivo y al mismo tiempo lógico. El pequeño Sartre confiesa haber aprendido temprano, en aquel ambiente burgués y conformista, a hacer el comediante, a pesar sus propias impresiones de cómo veía actuar a los adultos. Hablando de su infancia anota:

Permito amablemente que me calcen, que me echen gotas en la nariz, que me cepillen y que me laven, que me vistan y que me desnuden, que me ricen y que me froten; no hay nada más divertido que jugar a ser bueno (Sartre 1982: 20).

Los conformistas son duramente atacados por el fundador del existencialismo ateo. Ellos se apegan a valores externos que, según Sartre, no existen, y buscan refugio en fórmulas que salvan las apariencias sociales, pero que no son más que una máscara que esconde la falta de empeño, esa falta de empeño que le impide al hombre crearse continuamente. Escribe Wilhelm Grenzmann:

En el sentido de la exposición filosófica de Sartre, esta finalidad es, en primer término, absolutamente personal: el hombre destinado a la total libertad ha de realizar esta su más íntima posibilidad. El hombre debe hallar lo auténtico en lo inauténtico, huir de la *inauthenticité*, si quiere alcanzar la verdad de su vida (1963: 192).

Para los conformistas es suficiente aparentar, no importa ser. Se repite el juego de Sartre niño, que disfrutaba engañando a los adultos, cuando recitaba la parte del niño bueno, "todo para la muestra" como él mismo escribe en *Las palabras*:

No paro de crearme; soy el donante y la donación. Si viviese mi padre, yo conocería mis derechos y mis deberes; murió y los ignoro; no tengo derechos, puesto que me colma el amor, no tengo deber, puesto que me doy por amor. Un solo mandato. Gustar; todo para la muestra (Sartre 1982: 24).

Sartre rechaza a los conformistas que siguen una moral colectiva y formal, de la cual está excluida cada responsabilidad interior, que se construyen una personalidad hecha de actitudes, de convencionalismos y corren sobre rieles seguros y cómodos para la comedia humana. Ellos buscan una justificación a sus actitudes en la benevolencia del prójimo, el cual se presta a seguir esta farsa.

En el drama *A puerta cerrada*, Sartre reúne en el infierno a tres personajes, para demostrar cómo cada uno tiene necesidad de los otros, para engañarse a ellos mismos. Estela, Garcín e Inés están condenados a una existencia falsa. Garcín, que está en el infierno, teme haber parecido vil al momento de su muerte, quiere rehacer la comedia pero no le es posible, entonces trata de asegurarse que no es vil construyendo en su fantasía, por su propia consola- ción, la imagen de Garcín-fuerte. A su vez, Inés que ve en Estela el deseo de aparentar ser diferente de lo que es, acaricia su juego con sadismo ofreciéndole su complicidad. Pero, si los otros rehúsan esta parte hipócritamente consoladora, entonces: "¡El infierno son los demás!".

Sartre, en este drama como, a decir verdad, en todas sus obras, crea personajes perdidos, nauseados de ellos mismos y de los demás, pero al mismo tiempo desenmascara la hipocresía de una sociedad basada en convenciones, costumbres en vez de una auténtica relación de vida.

Al terminar su adolescencia encontró en el razonamiento frío y lúcido el único escape del círculo cerrado en el cual estaba atrapado. Consciente de sus complejos, en vez de dominarlos, los asumió, se hizo cómplice de ellos y buscó lucirse con ellos, recurrió a su capacidad de fotografiar con frialdad las pasiones más desconcertantes. Este dominio intelectual y artístico al evocar los rincones más secretos de la vida, ha marcado profundamente el joven Sartre. Su espíritu frío y positivo, su capacidad de evocar las imágenes, junto con su capacidad de desdoblamiento que lo hacen actor y espectador al mismo tiempo, lo llevaron a construir a una visión del mundo sólo aparentemente objetiva. Sartre toma los problemas fundamentales de la existencia con fría apatía, como antes había hablado de su experiencia religiosa.

Hoy, cuando me hablan de Él, digo con la diversión sin pena de un viejo que se encuentra con una vieja amiga: -Hace cincuenta años, sin ese malentendido, sin esa equivocación, sin el accidente que nos separó, podría haber habido algo entre nosotros- No hubo nada (Sartre 1982: 71) .

En *El existencialismo es un humanismo* están puntualizadas algunas ideas claves de su sistema filosófico, que las novelas y las obras teatrales acentúan en situaciones de la vida. Sartre parte de dos presupuestos: Dios no existe, pero aunque existiera, el hombre está irremediablemente solo, al cuidado de sí mismo.

El existencialismo no es tanto un ateísmo en el sentido de que se extenuaría en demostrar que Dios no existe. Más bien declara: aunque Dios existiera, esto no cambiaría, he aquí nuestro punto de vista. No es que creamos que Dios existe, sino que pensamos que el problema no es el de su existencia; es necesario que el hombre se encuentre a sí mismo y se convenza de que nada puede salvarlo de sí mismo, así sea una prueba valedera de la existencia de Dios (Sartre 1972: 43-4).

“Si quieres existir debes tomar conciencia de la realidad que te rodea”, dice Sartre. Pero el hombre, a quien Sartre dirige estas palabras, es una conciencia vacía, es una nada, tirado en el mundo sin un origen y sin un fin, una razón, oprimido por la realidad que lo rodea, una realidad opaca, una realidad que espera de él la posibilidad de existir, por lo menos por un cierto tiempo, por aquel breve tiempo en el cual él, tomando conciencia, la iluminará y le dará un significado y un nombre. Esta acción iluminante de la conciencia ayuda también a superar y justificar la presencia del hombre en el mundo. Justificar la presencia del hombre en este mundo, de esa forma, es absurdo, como el hombre de Sartre es un hombre absurdo. Afirma Pierre de Boisdeffre:

Es obligado anotar la ambigüedad de Sartre novelista, preso entre una visión obsesionada del mundo y una moral de la libertad de la cual sólo nos ha presentado hasta ahora su aspecto negativo. Sus novelas, como su teatro, sobresalen en la representación de personajes inauténticos (1969: 120).

El pesimismo del filósofo francés lo lleva a ver sólo una cara de la moneda; su visión anticonformista tiene un enfoque parcial e incompleto, ya que toma de ella sólo la parte negativa, así como en los relatos de su infancia, pone a la luz sólo las facetas negativas.

## Bibliografía

- Audry, Colette. 1975. *Sartre y la realidad humana*. Madrid: EDAF.
- De Boisdeffre, Pierre. 1969. *Metamorfosis de la literatura*. Madrid: Ediciones Guarrama.
1970. *Los escritores franceses de hoy*. Madrid: Editorial Gredos.
- Grenzmann, Wilhelm. 1963. *Problemas y figuras de la literatura contemporánea*. Madrid: Editorial Gredos.
- Jeanson, Francis. 1975. *Jean-Paul Sartre en su vida*. Barcelona: Barral Editores.
- Sartre, Jean-Paul. 1943. *El ser y la nada*. París: Gallimard.

1967. *El muro*. México: Editorial Losada.
1970. *Les Chemins de la liberté*. París: Gallimard.
1972. *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Editorial Huascar.
1973. *La imaginación*. Buenos Aires: Edición Sudamericana.
1973. *Las moscas. Nekrasov*. Buenos Aires: Editorial Losada.
1973. *La náusea*. Buenos Aires: Editorial Losada.
1982. *Las palabras*. Madrid: Alianza Editorial.
1984. *A puerta cerrada*. Madrid: Editorial Losada.